

PRELIMINAR

Pedro Felipe Granados

La obra del novelista José María Castillo-Navarro (Lorca, 1928) ha mantenido un constante y sostenido interés entre los estudiosos desde el momento mismo en que se dieron a la estampa sus primeras obras en la Barcelona de los años cincuenta. A este interés ha contribuido, en tiempos recientes, la reedición de algunas de sus novelas y cuentos, agrupados éstos bajo el título de su relato más célebre, *El niño de la flor en la boca*. Ediciones todas de elegante y cuidada composición, a cargo de especialistas que han reavivado un interés nunca apagado por un escritor singular en el tratamiento de sus obras, en la honda humanidad de sus personajes y en la posesión de un estilo atractivo, apasionado, irrepetible, que no deja indiferentes a los lectores que se adentran en sus páginas.

El interés del que hablo alcanzó una de sus cumbres con motivo del Congreso que en Lorca, en 2008, se dedicó al estudio de su producción literaria por parte de intelectuales y estudiosos de su obra, procedentes de los campos de la crítica literaria, la investigación y la Universidad.

La Revista CAXITÁN, que nació en el seno de la Academia Alfonso X el Sabio, de Murcia, consciente del interés que para la historia literaria tiene el escritor, presenta un número monográfico cuyo atractivo reside en una nueva aproximación a su novelística a través de los textos de reconocidos especialistas en su obra y de nuevos investigadores que se suman a ellos con propuestas críticas e informes notablemente significativos.

Creo que una de las claves de la pervivencia de Castillo-Navarro en el panorama de la literatura española reside en el peso humano de sus criaturas imaginarias, construidas con la materia contradictoria y palpitante con que los hombres viven sus realidades y sus sueños. Una materia ésta lejana de las modas, que reside en el meollo de lo que nos constituye como seres dignos de atención, de reflejo artístico y de compasión por parte de los demás. Los estilos literarios creados sobre modas coyunturales, los movimientos prefabricados desde cuadras editoriales y apoyados en premios con marco literario preestablecido se difuminan con el paso apresurado del tiempo. Lo que permanece en estos avatares con que la próspera o adversa fortuna distingue una obra creativa es la cargazón humana, la novedad de sus propuestas con

respecto a la tradición, la capacidad de las criaturas literarias para conectar con sus semejantes del otro lado de la ficción, es decir, la realidad, y, en fin, la posibilidad de que sus vagidos puedan ser reconocidos como propios por otras criaturas en semejantes o parecidas circunstancias vitales.

No demos vueltas en torno a disquisiciones metodológicas. Las modas literarias traen nuevos estilos, estructuras, puntos de vista, temas -unos perduran y otros quedan varados a la orilla del camino-, pero siempre permanece inalterable la atención de los lectores por el ser humano, sujeto y objeto de toda literatura, aunque su importancia se diluya o se acentúe con los vaivenes de la moda.

Es lo que ocurre con Castillo-Navarro. Los horrores de una guerra civil, la inevitabilidad del destino que conduce derechamente a la soledad y la desgracia, la llamada profunda que la tierra ejerce de mil maneras sobre los seres humanos -la tierra no es nuestra, dijo alguien, sino que nosotros pertenecemos a la tierra-, nosotros, que a menudo nos alejamos de ella, la bondad solidaria que brilla como una gema en el interior de las personas y su entorno social o familiar, entre escaseces y tragedias sin cuento y que estalla como explosión de generosidad para con los de la propia sangre, los exilios provocados por la pobreza y la opresión que los poderosos ejercen sobre los demediados a través de las extensas, sutiles o explícitas maneras de la explotación y la esclavitud, la grandeza de ánimo sin límites que nace de los veneros más hondos de las gentes anónimas: todo lo anterior conforma una parte del paisaje que desde siempre atrae a los lectores y los hace vincularse estrechamente con el arte de la literatura.

Casi nada es definitivo en este ámbito. Este año se celebra el centenario de un pintor, Domenico Teotocópuli, llamado el Greco. Hasta muy recientemente, su pintura, salvo algunas obras excepcionales, permaneció en un limbo de indefinición en el que pesaban tanto algunas de sus características positivas, la espiritualidad que rezuman sus cuadros, por ejemplo, como los supuestos errores técnicos de su perspectiva y del trazo de sus pinceladas. Hoy es unánimemente aclamado por la crítica y recibe el respaldo clamoroso del público, que acude en masa a las exposiciones conmemorativas con que se celebra su centenario.

Digo esto para subrayar los vaivenes que afectan igualmente a la obra literaria. Pero tengo el convencimiento de que el tiempo sitúa en sus galerías de elegidos a los verdaderos escritores para una estancia definitiva en el aprecio y la valoración de la crítica y los lectores. Castillo-Navarro es uno de ellos.

Un número como el presente tiene que ser necesariamente incompleto. Sus páginas deben estimarse como nuevas aproximaciones al tema de múltiples facetas de la obra literaria, ya cuajada y reconocida por la crítica, del novelista Castillo-Navarro. No cabe duda de que las presentes aportaciones supondrán un valor añadido a los estudios ya existentes sobre el autor lorquino.

A esta modesta tarea de difundir una vez más entre los lectores de este tiempo los valores de la novelística de Castillo-Navarro nos aplicamos con los artículos on line (Castillo ya figuraba con anterioridad en numerosas páginas de la Red) de este CAXITÁN, navegante por las ondas electrónicas después de una primera andadura en papel. Gracias por ello a todos los lectores que se asomen con interés literario y curiosidad intelectual a estas páginas.